

VARIEDADES

De la última jugada

No. 317



—Dice el señor Juez que el papujo de la derecha está espichao, tiene clavo de buba en los dos apoyos, vulgo patas, que aun que está á la derecha, no está en derecho y que mejor juego hará en la olla que en la cancha.

UNISM-CEDOC

CASA IMPORTADORA

G. Welsch y Cia.-Lima

Fundada en 1858. Con casas propias en Europa, México, Chile y Bolivia

Agencias en los E. E. U. U y Ecuador

Ofrecemos á nuestra distinguida clientela y al público en general nuestro inmenso surtido de alhajas de primera clase, perlas, brillantes y piedras preciosas sueltas y engastadas.

Joyería de oro de 18 kilates por mayor y por menor.

Unicos agentes en el Perú de los afamados relojes Longines.

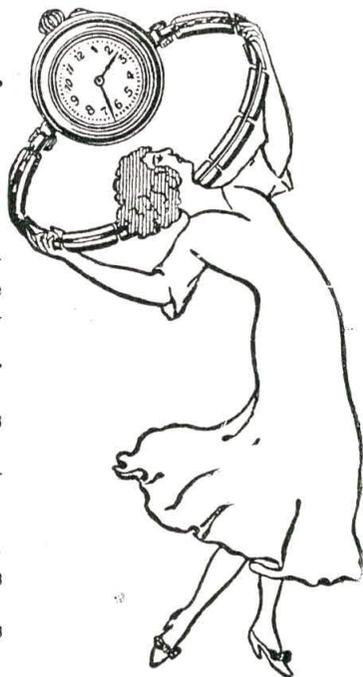
Colosal surtido en cajas de oro, platina, plata ó níquel.

Pulceras de relojes. Siempre novedades.

Artículos de fantasía de plata, bronce y plaqué de las primeras fábricas europeas y de los Estados Unidos.

Cristalería de Bacarat, Bohemia, Estados Unidos.

Porcelana Meissen, Sevres, Kopenhagen, Viena &



Armas y municiones. Revólveres, escopetas y rifles, de las afamadas fabricas de Colt, Smith y Wesson, Winchester, Mauser, Browning, Savage &.

Lámparas automaticas de petroleo marca Inverta. Las mejores del mundo

Lentes de oro. Impertinentes. Anteojos de teatro
Anteojos de campaña .Prismaticos de Zeiss.



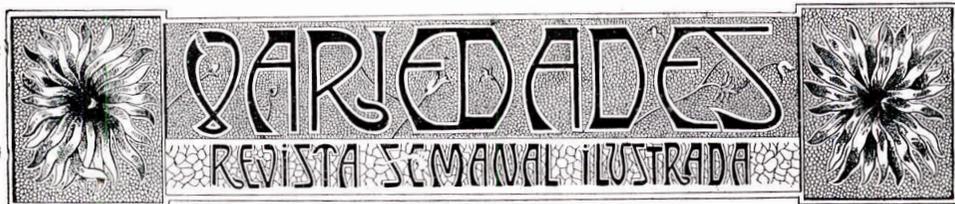
Relojes de torres para iglesias haciendas, estaciones etc.

PRECIOS Y SURTIDO

SIN COMPETENCIA



UNMSM-CEDOC



CASA EDITORA M. MORAL

DIRECTOR: CLEMENTE PALMA

ADMINISTRADOR: JOSE S. PATRONI

De jueves á jueves

Trabajo viene costando convencer á los señores aliancistas de la necesidad imperiosa y urgente de deponer sus propósitos de habilitar una vicepresidencia invalidada y ceder ante las exigencias de orden, paz y restauración del espíritu democrático de nuestra Constitución, torcido y malogrado con la violencia que del precepto capital que ordena la elección del mandatario por los pueblos, hiciera el Congreso de 1912 arrebatando esa atribución á los pueblos, para satisfacer apetitos que se desarrollaron á la sombra de una situación política especial. Pero el entusiasmo con que todos los elementos políticos de importancia en el país; la casi unanimidad con que la opinión pública se ha pronunciado inequívoca y resueltamente en el sentido de la reivindicación del sufragio popular; las desbordantes manifestaciones de irritación con que el lunes el pueblo expresó su resolución de impedir que los extraviados representantes á Congreso instalaran éste con el objeto de investir al señor Leguía de un mandato que no tiene derecho á asumir; el paro general de ese día; el ataque de los ciudadanos á los conjurados parlamentarios, en que por desgracia resultó herido el doctor Salomón, representante, en la Cámara joven, por Andahuaylas; la desatinada imprudencia del jefe del partido liberal, de asegurar al Presidente de la Junta de Gobierno en el despacho de Guerra y Marina la complicación de medio ejército en el plan de apoyar su política encaminada á obtener la imposición parlamentaria del señor Leguía, plan que fué categóricamente desmentido por los jefes del ejército en presencia del mismo que lo reveló, en un arranque impolítico increíble que hace cierto el antiguo adagio romano que afirma que los dioses ciegan ó turban los sentidos de aquellos á quienes quieren perder; y en fin la imposibilidad material y moral para llevar á buen término la aventura, ya que ni el parlamento puede instalarse para efectuar la proyectada imposición ni el país prestaría su apoyo á lo que significa una estafa de un derecho intrasferible, han decidido á los corredores de este negociado á declararse en quiebra y entrar en componendas sobre la base del desistimiento del señor Leguía á toda pretensión presidencial. Se ha necesitado de varias semanas de excitación general, de desmedro comercial y económico del país, de convulsión colérica permanente y de la actuación viril y activa de los partidos Demócrata, Civil y Constitucional y de los hombres independientes para que los señores de la alianza liberal-leguista se hayan persuadido de la inutilidad de su nocivo y anticonstitucional empeño, inutilidad de la que á poco de llegar á Lima estaba convencido el señor Leguía. Según nuestros informes este caballero se dió clara cuenta de su situación desde los primeros momentos posteriores á su llegada á Lima, y comprendió poco después que contra la voluntad de un país no es posible, ni es político, ni es honrado ejercer el mandato supremo sin atentar contra la paz pública y sin sostener un estado de violencia y de peligrosos extravíos que harían infecunda toda buena intención que pudiera animarle y que no dudamos le animaba. Engañado cruelmente por sus amigos que le fingieron una popularidad y una fuerza parlamentaria incontrastable, ha visto que todo ello no reposaba sino en fantasmagorías del apetito y en visiones de la pasión política, y que desde el punto de vista de la popularidad existía realmente todo lo contrario: una impopularidad definitiva é

irreductible, como no podía dejar de suceder desde que sería el idiotismo más grande que la *popularidad* pudiera favorecer causa distinta de la del *sufragio popular*: y en cuanto á la fuerza inconstable parlamentaria de la alianza, también vió claro el señor Leguía todo lo que había de inconsistente en ese concepto desde que pudo apreciar su impotencia en las dos convocatorias para poder instalar el Congreso no obstante el ilegal recurso de la incorporación de representantes suplentes, desalojando á los propietarios. Sólo por un deber de consecuencia—muy discutible desde luego, cuando como en este caso está contrapuesto un más alto deber de respeto y cariño á la patria—para con sus amigos políticos embarcados en la desgraciada aventura, le ha obligado á continuar prestándose—íbamos á decir abnegadamente olvidando el apetito natural que despierta el usufructo de la primera magistratura—como bandera de una causa irremisiblemente perdida y á acompañarlos hasta el fracaso de la tercera intentona de instalación del Congreso, completado con las inconvenientes declaraciones del doctor Durand que desplazaron la campaña, ante el poder ejecutivo, del plano meramente político y parlamentario y lo han colocado en un terreno subversivo ya que se ha intercalado en el proceso político la posibilidad de una conspiración militar. Puestas las cosas en ese pie no cabía patrióticamente al señor Leguía sino apartar su persona de toda pretensión á la presidencia ocasional, toda vez que ya en ella iba involucrada la emergencia de honda perturbación de la paz pública, que ni el Poder Ejecutivo puede tolerar, ni el país está dispuesto á justificar. Hasta el momento en que escribimos estas líneas se está negociando trabajosamente á pedido enérgico del Presidente de la Junta de Gobierno, entre los personeros de la Alianza y los de la causa nacional, la fórmula de acatamiento á la voluntad popular y al artículo 80 de la Constitución á que se someten el señor Leguía y sus amigos. En realidad no hay razón motivada para que esa fórmula sea materia de grandes discusiones. En vista de que el país repudia la absurda pretensión de burlar una vez más el derecho de sufragio, de que la llamada mayoría parlamentaria es impotente para imponer la presidencia del señor Leguía y de que urge liquidar con esta situación de inquietud que tan graves perjuicios en todo orden está ocasionando al país, la solución es de lo más simple y mientras más simple más patriótica, más digna y más leal. Esa solución no debe ser sino la renuncia incondicional del señor Leguía á sus inválidos derechos á la presidencia, reconociendo con la hidalga franqueza de los hombres de bien, el fracaso de la campaña y la necesidad patriótica de devolver á la nación, para tranquilidad de todos, el derecho de elegir sus mandatarios. Esta solución, estamos seguros, es la que adoptaría el señor Leguía, si no estuviera aún atado á compromisos lamentables con los amigos que le engañaron y le trajeron al Perú para ponerle en la situación desdichada y ridícula de ocultación y secuestro en que ha tenido que vivir entre sus presuntos gobernados del futuro. Estos señores que han creado tan amarga situación para el señor Leguía, ya que no pudieron usufructuar la victoria, se afanan ahora por explotar su derrota. Egoístas y rencorosos han puesto precio á su rendición exigiendo injusticias intolerables, combinaciones absurdas, sacrificios indignos, que acusan todo el despecho y toda la miseria moral de una política formada por un amasijo de propósitos odiosos y de pasiones innobles. Seamos francos, señores, en estos momentos, en vez de tener un gesto digno de vencidos en lucha leal, en vez de tener la estoica y viril resignación de vuestra derrota, ofrecéis un espectáculo triste, disputando palmo á palmo concesiones que significan nada más que piltrafas concedidas á vuestros despechos y á vuestros rencores. Nó, si los arreglos han de ser leales no cabe otra fórmula que la incondicional eliminación política del señor Leguía, abriéndole el paso á la triunfal reivindicación del sufragio popular. Es así como seguramente apetecería rendirse el señor Leguía para hacerse acreedor al respeto y á la gratitud nacional, fórmula honesta que hasta ahora no llega á cristalizar, y que posiblemente no llegará á devolver la tranquilidad al país, porque los señores aliancistas quizás prefieran lanzarse á aventuras de un orden concordante con las ideas expuestas por el jefe liberal en su famosa entrevista con el Presidente de la Junta de Gobierno. Quien, como es de suponer, ya debe haberse puesto en el caso de tener que enfrentarse á esa nueva situación, con la misma energía é inteligencia que desplegó el 4 de febrero.

CHIRIGOTAS

A LA PEÑA



—Antes de irme á Londres á enterarme de eso del HOME-RULE, hágame el favor de em-
peñarme en la casa de préstamo este pesado é inútil artefacto.
—Comprendido, á empeñarlo y no sacarlo.

UNMSM-CEDOC

LA INTENSA AGITACIÓN POLÍTICA DE LA SEMANA

Semana de intensísima agitación política ha sido la última. Pocas veces se ha contemplado mayor vertiginosidad en un proceso político. Desde el domingo en que los partidarios del sufragio hicieron una demostración de sus fuerzas, se han sucedido una serie de acontecimientos, que no juzgamos en estas líneas de mera crónica informativa desde el punto de vista político, pero que podríamos tratar largamente desde el punto de vista neuropático. Una violencia inusitada, un correr de los acontecimientos en forma mareante y envolvente,

cuencia de los escándalos y tiroteos habidos, cayó entre otros heridos el doctor Alberto Salomón, que se hizo conducir en tal estado á la Cámara de Diputados, mostrando entereza encomiable y presencia de espíritu. La herida causada al doctor Salomón, ha provocado un sentimiento general de simpatía á su persona, habiendo sido muy visitado por representantes de todos nuestros círculos políticos y sociales. Ambos grupos en aquel día se lanzaron á la calle con ánimo de batallar y en el exacerbamiento de las pasiones políticas se fué seguramente más lejos de lo



El Dr. Osores, Ministro de Gobierno, recorriendo la ciudad.

Al desfile del domingo, sobre cuya importancia nos remitimos á la nutrida información gráfica que ofrecemos á nuestros lectores, único medio de detener exageraciones en uno ú otro sentido, siguieron acontecimientos lamentables producidos por la intemperancia y el despecho que culminaron en las agresiones hechas á grupos de manifestantes que regresaban del desfile y que desgraciadamente tuvieron algunos heridos, excitándose los ánimos en forma que pudo ser peligrosa. El lunes hubo un paro con los consiguientes desórdenes y violencias, el Congreso no pudo instalarse, y como conse-

que se pensó. Como consecuencia hubo muchos heridos. Damos también información gráfica de algunos de ellos. Pero había algo ya definido en el ambiente. La presidencia del señor Roberto Leguía no podía ser, sin provocar gravísimos conflictos, y comenzaron el martes las conferencias políticas en Palacio, que en el momento en que escribimos estas líneas aún continúan, pero ya sobre la que parece asegurada base de que don Roberto Leguía no insiste sobre su pretensión, quedando triunfante el principio del sufragio.

Si fuéramos dados á los títulos rimbom-



Dr. Benjamín Boza.—Dr. H. Fuentes.—Señores Villanueva, Canevaro, Lanatta, Rey, Valera, Urquieta y Pastor que llevaron á Palacio la propuesta leguista.—Sr. Alberto Ulloa.—Dr. A. Sousa.

bantes podríamos llamar á esta semana, la *semana magna*, pero le tenemos mucho miedo á esos calificativos, después de la triste gloria que quedó reservada á las *jornadas cívicas*. Y aunque la situación está virtualmente terminada, no confiamos, somos francos, en el final decisivo, porque recordamos con pena, que el movimiento reivindicatorio de la libertad del sufragio, como se llamó al de mayo de 1912, concluyó arrebatando al

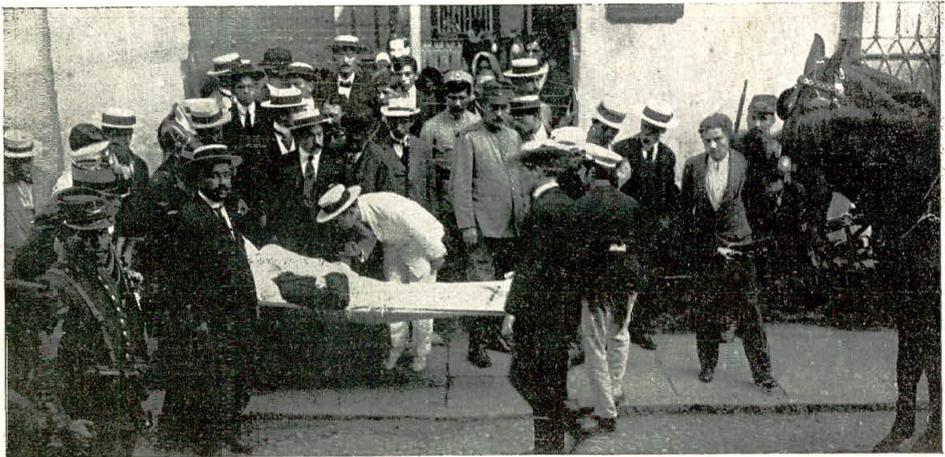
pueblo la integridad de ese derecho. “La gloriosa mañana del 4 de febrero” que derrocó al señor Billinghurst para resucitar el régimen caído con más la política que “se había enterrado definitivamente en 1912.” Ahora, si acaso se puede decir que no será Presidente don Roberto Leguía, la pregunta surge inevitable: ¿Qué nueva solución monstruosa y extraña nos prepararán los políticos de esta tierra?



Sr. Víctor Larco Herrera.—Sr. D. Torres Balcázar.—Srs. Román y Becerra.—Señores Forero y Sayán Palacios entrando á casa del señor Leguía.



Señores Juan Durand, Dr. Valencia Pacheco, Víctor Perochena, Rojas Loayza y del Río, entrando á casa del señor Leguía.



El Dr. Salomón en camilla después de la primera curación.



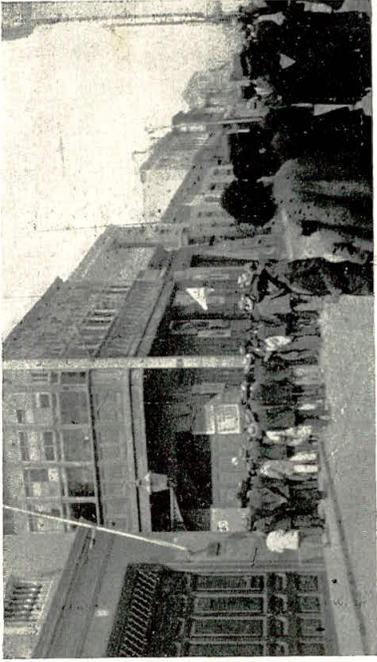
El doctor Salomón, entrando conducido en camilla al Congreso.



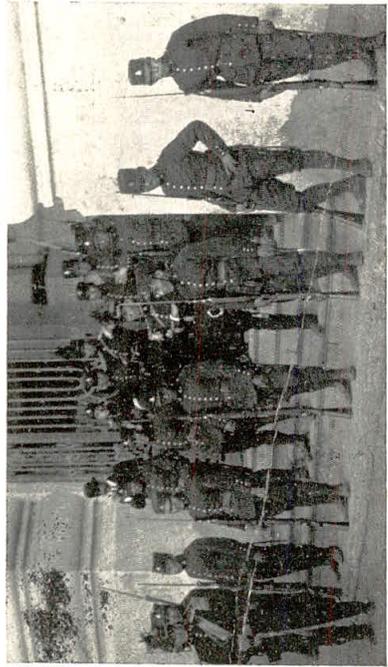
El joven Koechlin, herido en Santa Apolonia, saliendo de casa del doctor Cott.



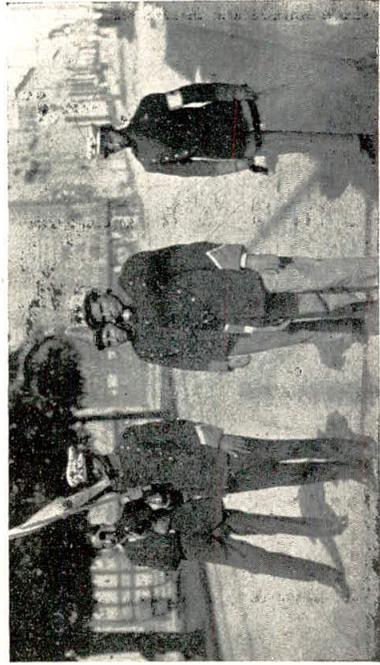
Senadores y Diputados á las puertas del Senado.



Grupos en la esquina de San Pedro, donde hubo un choque entre ambos bandos.



La puerta principal de la Cámara de Diputados con la guardia.



Los miembros de la ambulancia de la Cosmopolita en la plaza de la Inquisición.

LOS HERIDOS



*El conocido escritor Domingo Martínez Luján.—Luis Galdeano.—Samuel González.—
Ladislao Lozano.*

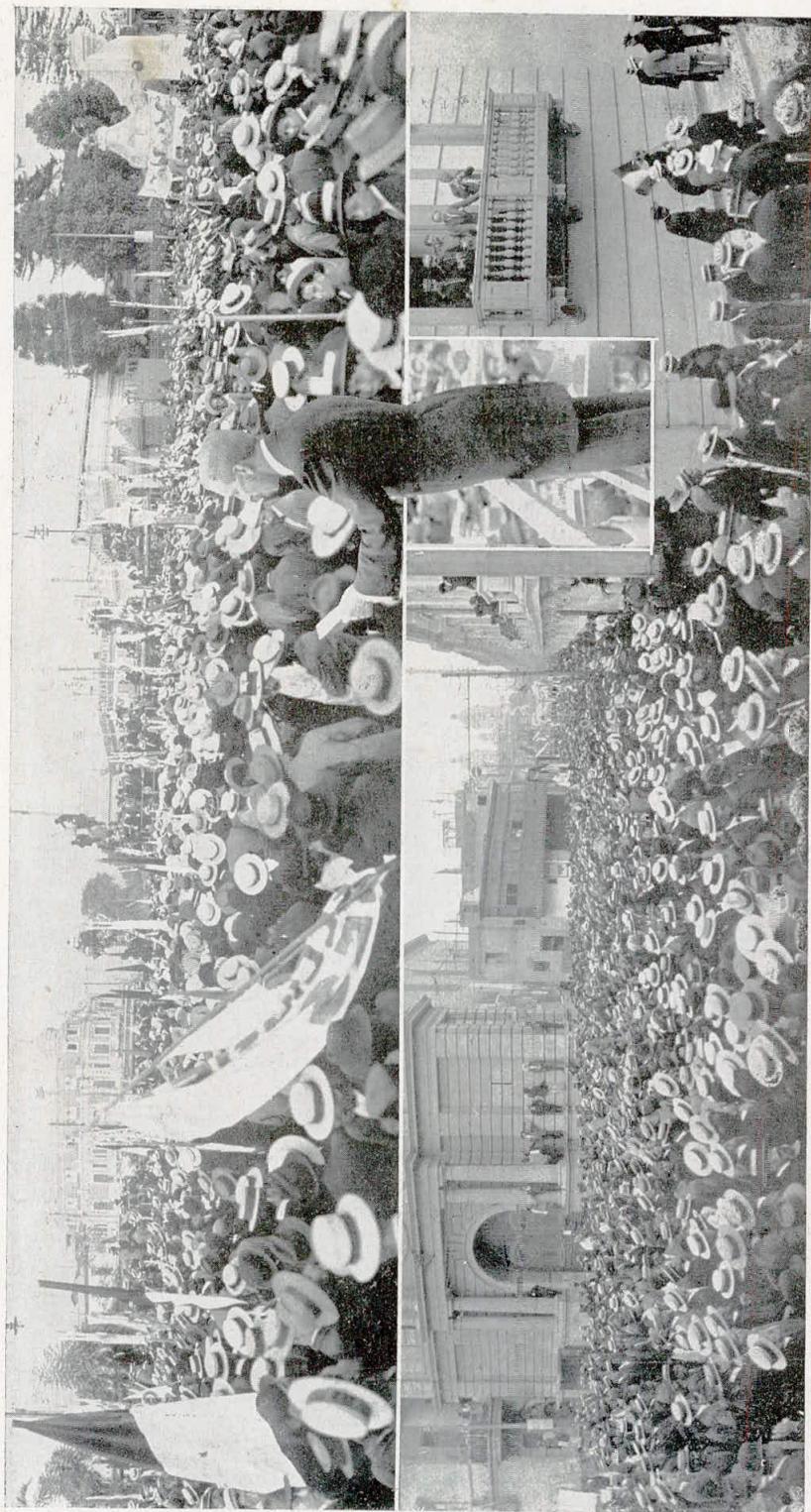


Roberto Bruce.—Pedro H. Pólito.—Santiago Paz.—Evaristo Huaylluyo.



Pedro Vera.—Manuel Ugarte.—Enrique Humphreys.—Julio Álvarez.

VISTA PANORÁMICA DE LA MANIFESTACIÓN DEL DOMINGO



Des hermosos aspectos panorámicos del desfile en la Plaza de la Exposición, donde hablo el doctor Prado, cuya instantánea damos, y en Desamparados.



Los primeros grupos en la plaza de la Inquisición.



Manifestantes en la calle de Boza.



Otros grupos de manifestantes en la plaza Zela

UNMSM-CEDOC



Los doctores Capelo, Prado, Fuentes, García Irigoyen y otros, en la plaza de la Inquisición



Otro aspecto del desfile en la plazuela de Desamparados.



Un aspecto de la manifestación en la plaza Zela



En la plazuela de la Exposición.



El doctor Gazzani y el señor Oreste Ferro en la plaza de la Inquisición.



Un aspecto de la manifestación en la Plaza de Armas.



Los manifestantes á caballo desfilando ante la Junta de Gobierno.



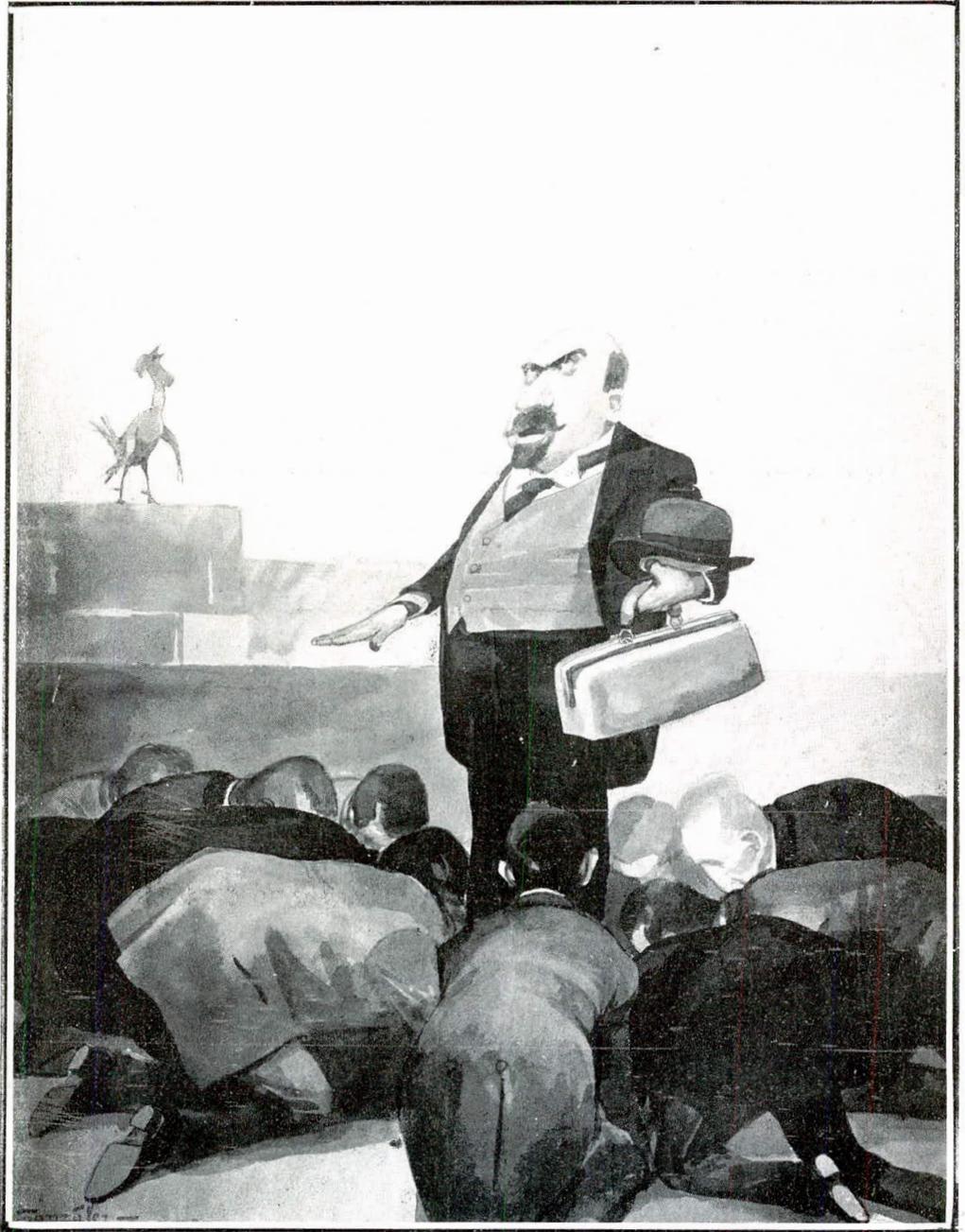
Cartel alusivo



Otro detalle jocoso.

CHIRIGOTAS

UNA SOLUCION EVANGELICA



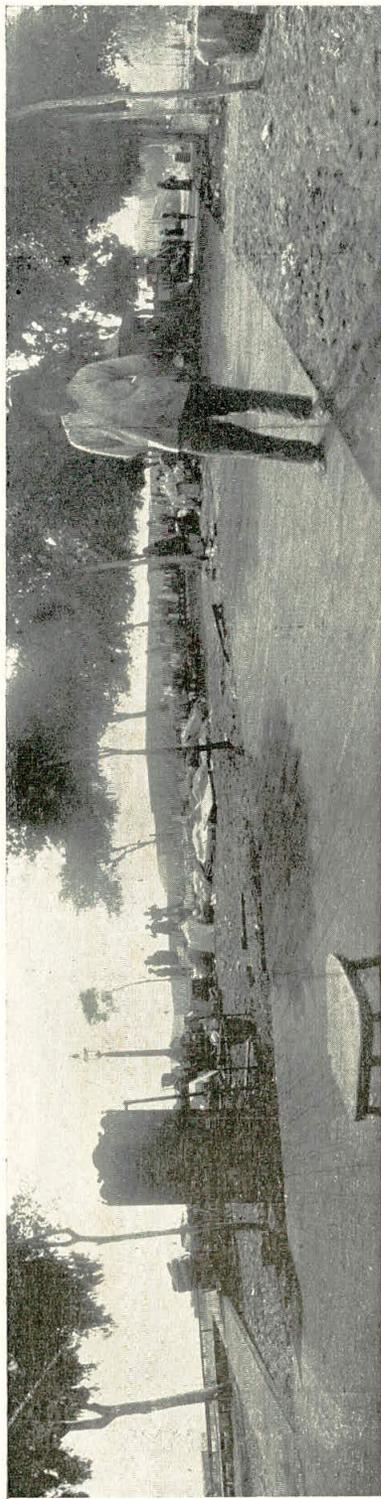
—*Mi reino no es de este mundo!*

UNMSM-CEDOC

ECOS DEL INCENDIO EN ANCÓN



Desolado aspecto del lugar del incendio



Lugar donde se esparcieron los objetos que pudieron salvar los moradores de los lugares incendiados.

LA SEMANA CÒMICA



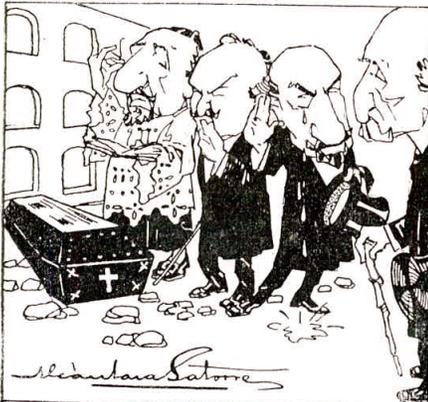
No obstante, los decires en contra, se realizó la brillante manifestación en favor del sufragio.



Se asegura que Don Roberto vió pasar la manifestación.



Y se dice también que apesar de los esfuerzos de los especialistas....



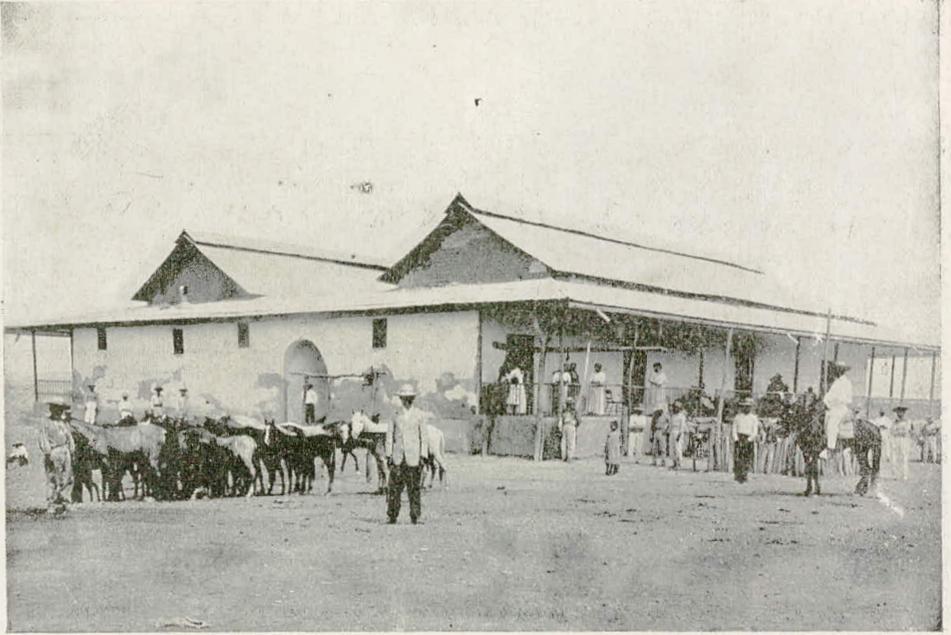
...la pobrecita torció el pico, en menos de lo que canta un gallo.



En el Cementerio

- El "Lagarto", símbolo de abstinencia, el "Zorro" de pureza....
- Y el Gallo, papaito....
- El Gallo, hijito... mejor es no meneallo.

DE PROVINCIAS



PIURA.—Hacienda "Chalacala", del señor Luis Paulini, una de las más florecientes del Chira.—Envío Centurión.

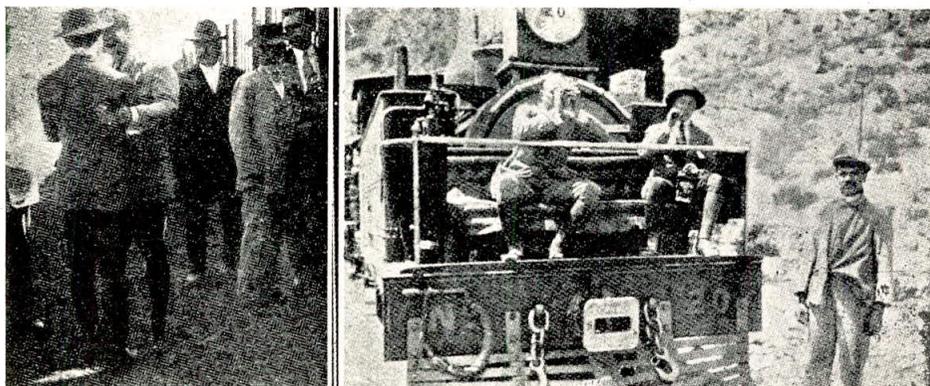


ICA.—Instituto Peruano, dirigido por la señorita María Cabrera.—Envío Arquímides Ramos.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE NEWBERY

AL PIE DE LA CORDILLERA

(De «Fray Mocho»)



*La llegada á Mendoza, el 23 de febrero.—A la salida para la Cordillera.—Newbery y
Un abrazo á Fels el primero tomando altura*

Las fotografías que ilustran estas páginas abarcan la historia de la estadía de Newbery en Mendoza. Su llegada, su excursión á la cumbre, los vuelos de Tamarindos, y en fin, su muerte. Serán el último y mejor recuerdo que la aviación argentina conserve

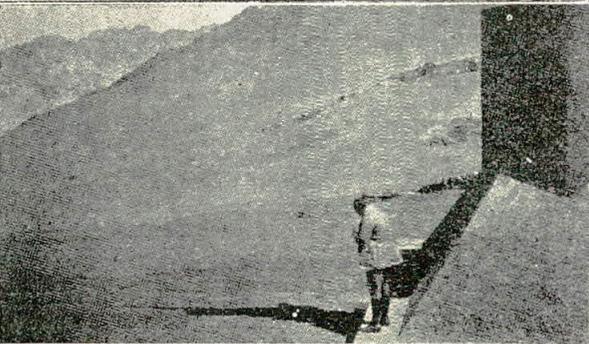
de él. Dentro de sus anales, una parte de ellas,—y nos referimos principalmente á las del viaje á la cumbre,—serán verdaderamente históricas; basta mirarlas para comprenderlo sin explicación. Al recordar que nuestro corresponsal, señor Andreola, tuvo que



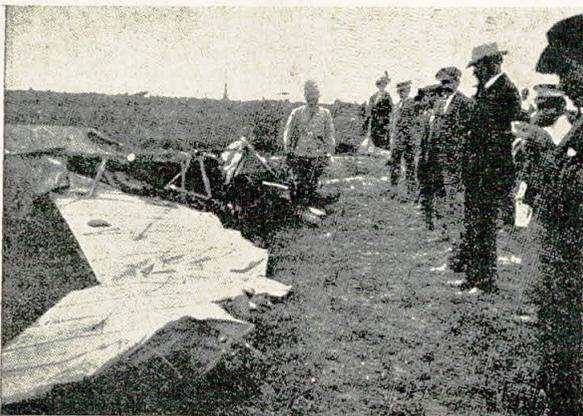
El cortejo fúnebre en la Avenida, dirigiéndose de la estación Palermo, donde fué desembarcado el féretro, al local de la Sociedad Sportiva Argentina,



Newbery, Fels y Jiménez Lastra, camino de la cumbre



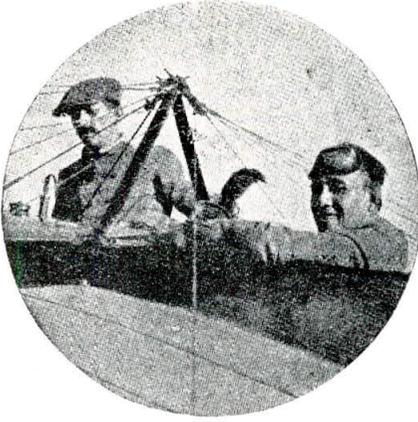
Newbery, Fels y Jiménez Lastra, camino de la cumbre.—Newbery en la cumbre, tomando altura.—Al pie del Cristo Redentor.



El aparato después de la catástrofe



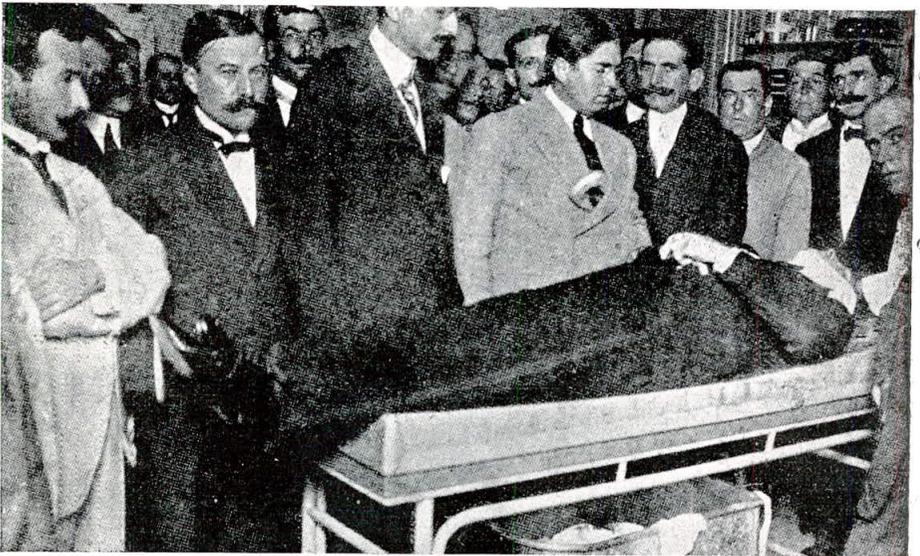
Jiménez Lastra en el hospital provincial



Los vuelos del sábado. En el aparato de Fels

vencer dificultades y someterse á molestias personales para tomarlas, se nos ocurren reflexiones demasiado obvias para que no se le ocurran también á quien nos lea. A no ser la condescendencia del mismo Newbery, que fuera de su natural amable, tenía demasiado mundo para no ser atento con la prensa, nuestro corresponsal hubiera tropezado con mayores dificultades.

Otra fotografía que llamará la atención es la de uno de los vuelos inclinados que ejecutó el sábado, y cuya repetición le costó la vida al siguiente día. Puede apreciarse con toda claridad la inclinación del aparato, como también, por el borroso contorno, la vertiginosa rapidez de la caída.



El cadáver de Newbery, después del desgraciado accidente



UN DUELO SINGULAR

Venciendo la hostilidad de la selva virgen, en aquel litoral correntino vecino á Misiones, atravesó la línea del telégrafo el torvo malezal y el bosque imponente hasta ligar la pequeña población con el resto del mundo por medio del hilo que se alzaba como un pabellón de progreso sobre las altas copas de los lapachos y los derechos troncos de los palmares. Instalada la estación, su personal recibió honores de cosa sagrada; el telegrafista llegó á olvidar su nombre á fuerza de oírse llamar "Señor Jefe" y el guardahilos, el hombre prodigioso que sabía restablecer en un santiamén la comunicación interrumpida quién sabe en qué lugar del bosque, en el fondo de qué laguna ó en el recodo de cuál de los arroyos circundantes,—fué considerado como un brujo

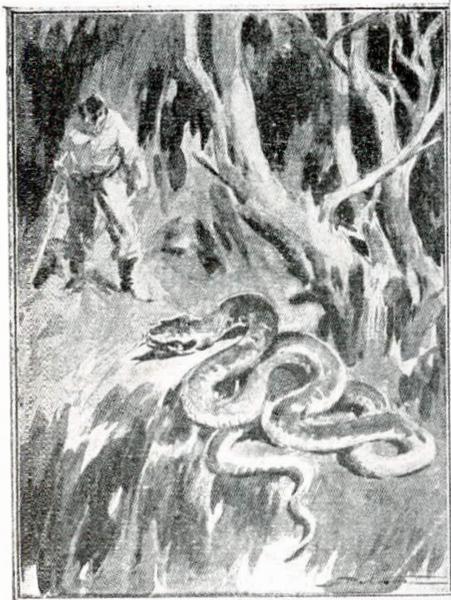
Este hombre no tenía, empero, nada de sobrenatural. Había nacido allí, en las vecindades de la gran selva que festonea las márgenes del Alto Uruguay, y desde niño los arroyos le conocían y los "cocales" sabían de sus irrupciones traviesas. Un buen día el Aguapey crecido lo puso en trance de muerte, y otra vez quedó preso entre las espesas redes de un espinoso "ñapyndá" que trepaba por el tronco de un árbol en cuya copa quiso atrapar una pava silvestre. Como Alejandro,—este era el nombre del guardahilo,—no conocía el miedo, jamás tuvieron sus aventuras el sabor trágico de un minuto de pánico. Bien es verdad que sus encuentros con bandadas de loros ó con largas familias de "carayás" rubios ó negros, no ofrecían peligro alguno. No ignoraba él, sin embargo, que algo debía á su buena estrella, pues la selva abundaba en reptiles y en fieras y los arroyos se tornaban traicioneros con las crecidas.

Conocedor de todos los misterios de la Naturaleza, de todos los secretos de las quebradas y de todas las reconditeces de la maraña en muchas leguas á la redonda, el jefe le ofreció el puesto de guardahilos, y él aceptó con buena voluntad, aunque sin entusiasmos. Su displicencia de mestizo guaraní rechazaba la obligación, terminante é imperiosa, pero como esta obligación había de cumplirse en un medio tan sugestivo para sus inclinaciones de enamorado de la selva, la vió menos dura y pensó consagrarle sus mejores esfuerzos. Le subyugaba también



un poco el poder de aquel alambre milagroso, que, según el jefe, llevaba las palabras á través de las distancias, y, muchas veces, durante los primeros tiempos de su oficio, permaneció el buen muchacho horas enteras con el oído pegado al poste, tratando de sorprender alguna palabra en el zumbido particular que vibraba, como aleteo de "mangangá", á la vera de los fuertes mástiles de palma.

No costó poco trabajo al jefe instruirle en la práctica de su nueva misión. . . Por lo menos quince días empleó para aprender "grosso modo" lo que significan "línea a tierra", "línea cortada", "variación", "contacto" y otros modismos del oficio, y más de un mes tardó para iniciarse en el singular misterio de las "ligaduras", "uniones", y demás conocimientos elementales de la profesión. Alejandro puso empeño en no dejar burladas las esperanzas de su superior, y al cabo de un trimestre el hombre conocía su línea como á su propia persona, y podía decir, casi sin equivocarse, dónde había de encontrar la interrupción según cual fuera su calidad. . . Algo más le costó el manejo de los alambres para "uniones" y "ligaduras"; él quería hacer con el hilo metálico nudos marineros y, naturalmente, su ciencia náutica en



materia de ligazones, no daba resultados en la telegrafía.

Vencida esta última dificultad, fué Alejandro el brazo derecho del jefe y un empleado ejemplar, concienzudo y discreto.

Un recio temporal, una de esas tempestades tan frecuentes en el Norte, donde el vendaval arrastra los árboles gigantes como débiles ramas,—había causado trastornos considerables en la línea, y el jefe confirió á Alejandro la misión de reparar los desperfectos y restablecer las comunicaciones.

Salió el guardahilos en su caballejo tordillo con la maleta de las herramientas, bien dispuesto pero con escaso apuro. El sabía que los arroyos llevaban un caudal de agua impetuoso y que los troncos arrancados por el huracán eran otras tantas vallas que demorarían su marcha. Necesitaba, pues, todas sus fuerzas y las de su caballo para luchar contra aquellos obstáculos, y estaba resuelto á economizar nerviosidades prematuras. Por otra parte, la tormenta no había cesado del todo: el sol ardiente, la temperatura sofocante, la humedad persistente del suelo, la mantenían latente, enervando los ánimos y predisponiéndolos á la pereza.

Alejandro había entrado ya en plena selva cuando creyó oportuno dar descanso á su caballo. Echó pie á tierra, y mientras la bestia se solazaba en el pastizal á la sombra de los árboles y no lejos del arroyo, él se

entretuvo en labrar un bastón á guía de pasatiempo y sin miras de ulterior utilidad, cediendo al deseo de cortar aquella rama flexible como un mimbre y resistente como varilla de acero,—y de dar ocupación á su cuchillo, ya largo rato ocioso.

En esta tarea estaba atento á los innumerables rumores de la maleza y distraído á veces por las contorsiones gráciles de los monos ó por los rápidos deslizamientos de los reptiles,—aquí una "iguana" vivaz y ligera, escondiendo su verdoso cuerpo en un montón de hojas secas, allí un "aperiá" surgiendo del suelo como por ensalmo, más allá una víbora silenciosa y ágil como una visión... De pronto hubo una algarabía medrosa entre los pequeños micos, y los loros se levantaron lanzando sus chillidos más agudos. Un ruido de ramas y hojas violentamente separadas puso en fuga á varios lagartos y víborillas; miles de aves se dispersaron, y en el silencio del bosque violado por el terror, cayó desde las ramas de un árbol cercano, ondulando sobre sus anillos, una formidable "curiyú," huésped peligroso de las selvas, que por un momento quedó plantada y como sorprendida ante Alejandro. Este se puso en pié de un salto, con el cuchillo en una mano y la vara que labraba en la otra, pronto para defenderse. La constrictor agitó la extremidad inferior de su cuerpo á manera de látigo, y alzó la cabeza como disponiéndose al ataque. Alejandro sabía que, contra lo que habitualmente cuentan los libros, la boa americana del extraordinario tamaño de la que tenía ante sí, ataca al hombre y es bien capaz de engullírselo como á un cabrito. No podía, pues, eliminar de su actitud el gesto defensivo.

Si el enorme reptil no le hubiese sorprendido lejos del caballo, éste habríale ofrecido medio seguro de salvación en la fuga, pero el caballo pastaba á más de cien metros de donde él estaba con el malezal á su espalda y el reptil al frente. El guardahilos era valiente,—ya lo hemos dicho,—y estaba familiarizado con la selva y sus habitantes, pero el estado tormentoso del cielo y la hora crepuscular, aumentaban el peligro, pues sabido es cuánto influyen estas circunstancias en la ferocidad de las fieras y, la última especialmente, sobre los reptiles como el que allí le amenazaba. Onduló suavemente el cuerpo de la serpiente, y la cola se agitó con un movimiento nervioso. Alejandro resolvió atacar, y con su vara asestó un golpe en la ca-

beza del animal. El combate se trabó entonces trágico, terrible, sorprendente, digno del marco que lo encerraba. El hombre menudeaba sus acometidas con ímpetu salvaje, empezando á temer que las sombras de la noche le pusieran á merced de su enemigo, y el reptil se revolvía frenético y enceguecido, agitando la cola con latigazos formidables y tendiendo la chata cabeza en disposición de morder. Jadeante, sudoroso, semiasfiviado por el calor, la sed y la fatiga, Alejandro sacudía con su garrote incansablemente, retrocediendo á cada ayance del monstruo y tratando de acercarse al caballo para escapar... El cansancio le rendía ya; sus brazos no respondían al mandato de la voluntad, y la abierta y repugnante boca del ofidio le perseguía tenazmente, pronta á hacer presa... Con una mirada angustiada quiso penetrar la oscuridad que empezaba á envolverle, para asegurar el éxito de aquel último golpe, ya que sus fuerzas, agotadas por el cansancio, amenazaban dejarle inerme ante el peligro. Los ojos fosforescentes del reptil guiaron su puntería y el palo golpeó reciamente la cabeza achatada y enorme del constrictor. La violencia del empuje hizo tambalear á Alejandro. Cerró los ojos, se apoyó en el tronco de un viejo quebracho que halló á su alcance y esperó el último momento de su vida. La boa no atacó; ligeros ruidos de hojas y ramas interrumpían el silencio y Alejandro, con los nervios en

tensión, esperaba en vano el abrazo fatal...

Repuesto un tanto de la fatiga de la lucha y asombrado de la quietud que reinaba en derredor suyo, requirió su yesquero, y á poco distinguió el cuerpo inerte de la boa con la cabeza abierta por el último y desesperado garrotazo...

Alejandro no podía creer en su victoria. Tan cerca había visto el fin de sus días que se le antojaba un sueño el espectáculo de su triunfo. Para cerciorarse mejor y calmar sus angustias, cercenó la cabeza destrozada con un vigoroso tajo de cuchillo. Sólo después de este golpe de gracia, el hombre pensó en apagar su sed y encender la hoguera que durante la noche lo preservaría de vicinidades peligrosas.

Cuando, después de restablecida la comunicación telegráfica, regresó el guardahilos á sus lares, llevaba atada en grueso lío y á manera de rastra, la piel de la serpiente que tantas zozobras habíale originado en aquel momento trágico de su vida. Años después, pude verla aún, disecada y extendida alrededor de las paredes del "quincho" del rancho de Alejandro, abarcando un perímetro algo mayor de diez metros. Y fué el mismo héroe de esta aventura quien me relató la historia de tan singular trofeo.

Lola S. B. de Bourquet.

CURIOSIDADES Y RECORTES

ALUMBRADO QUIRURGICO

Un sistema de alumbrado recientemente perfeccionado parece haber resuelto uno de los problemas más difíciles relativos á las operaciones quirúrgicas: el de la buena iluminación de la zona operatoria.

Ocho bombillas de tungsteno de 25 wátios distribuídas en un círculo de dos metros de diámetro próximo al techo proyectan la luz de tal manera que los rayos de las lámparas opuestas se cortan en un ángulo de 45 grados sobre la zona operatoria, según se ve en el dibujo. De esta suerte desaparecen todas las sombras que oscurecen las profundidades de ciertas heridas, y el cirujano puede realizar sus delicadas manipulaciones con comodidad y sin las dificultades con que tropieza generalmente. Las bombillas son de cristal raspado y tienen reflectores elipsoidales. Como están situadas en alto llega poco ó ningún calor al operador.

